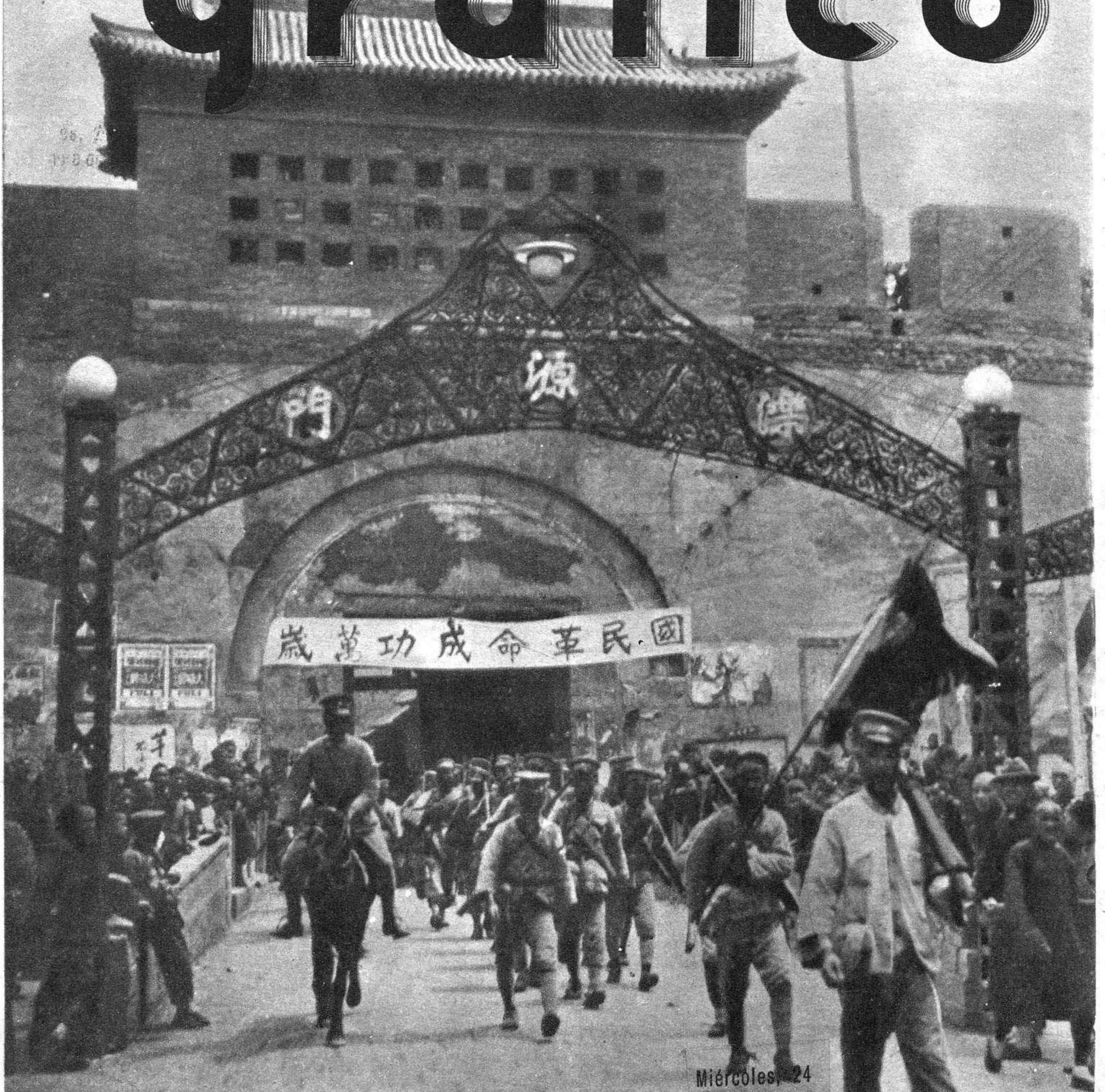


mundo gráfico



**La lucha de
China por su
independencia**

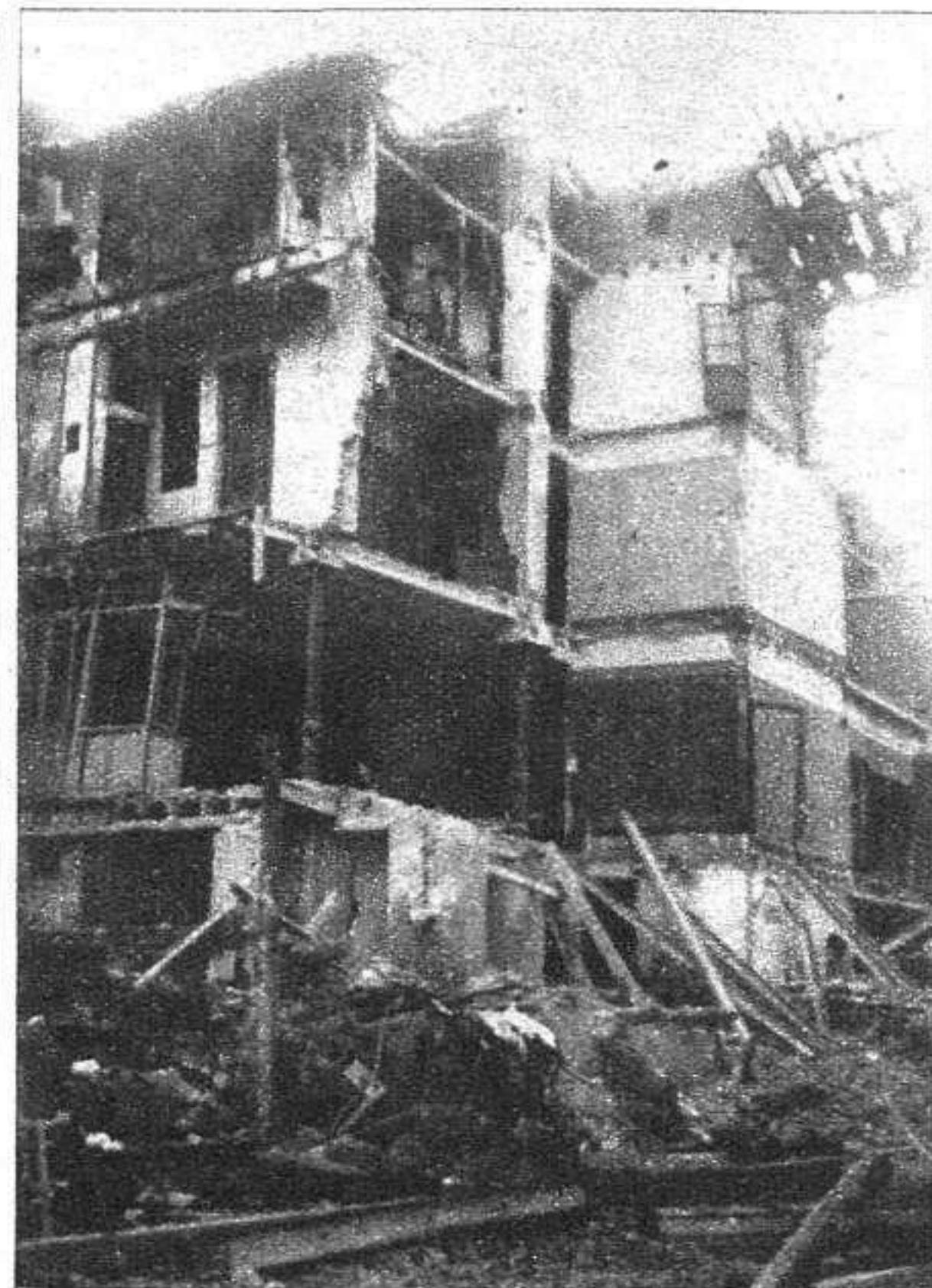
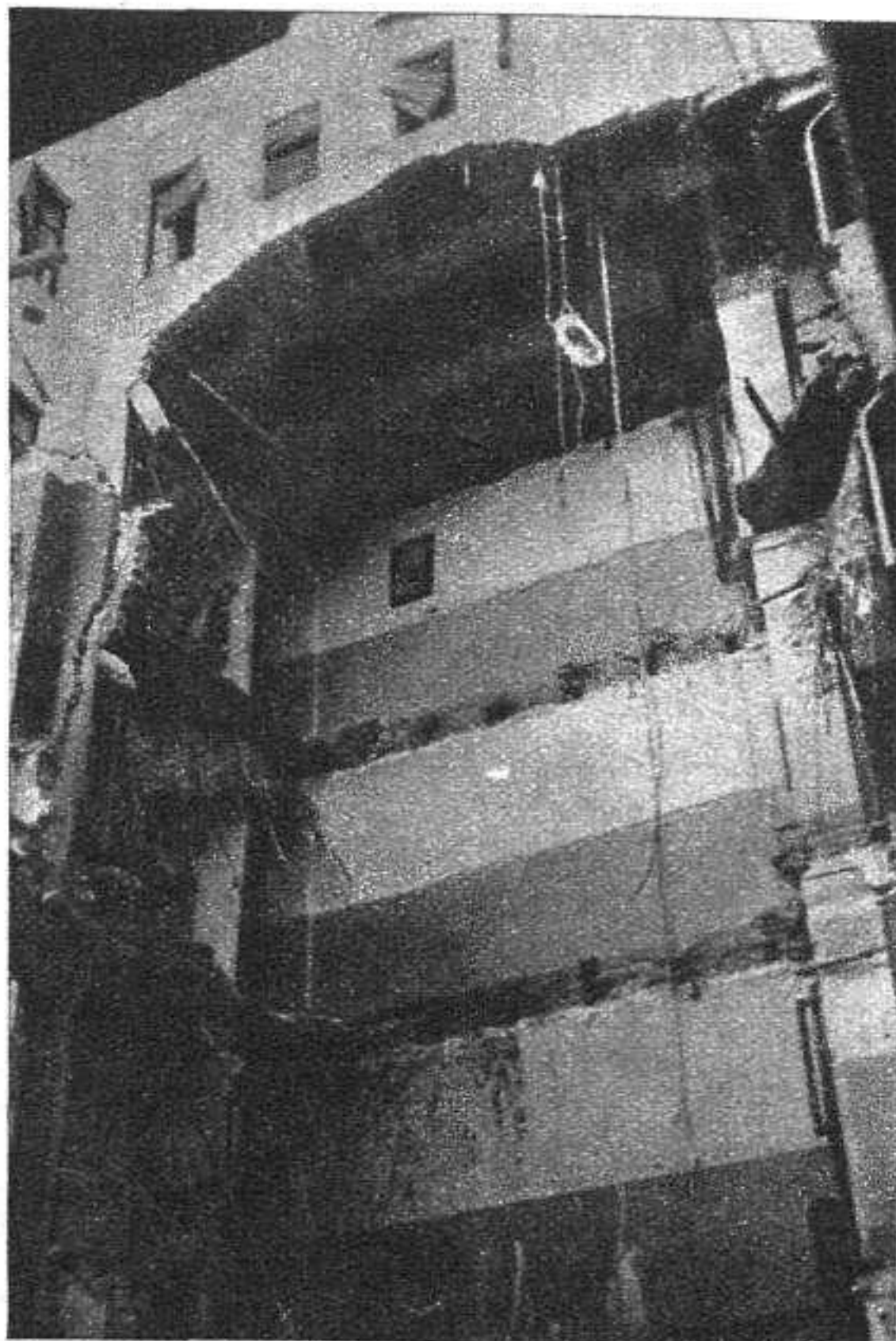
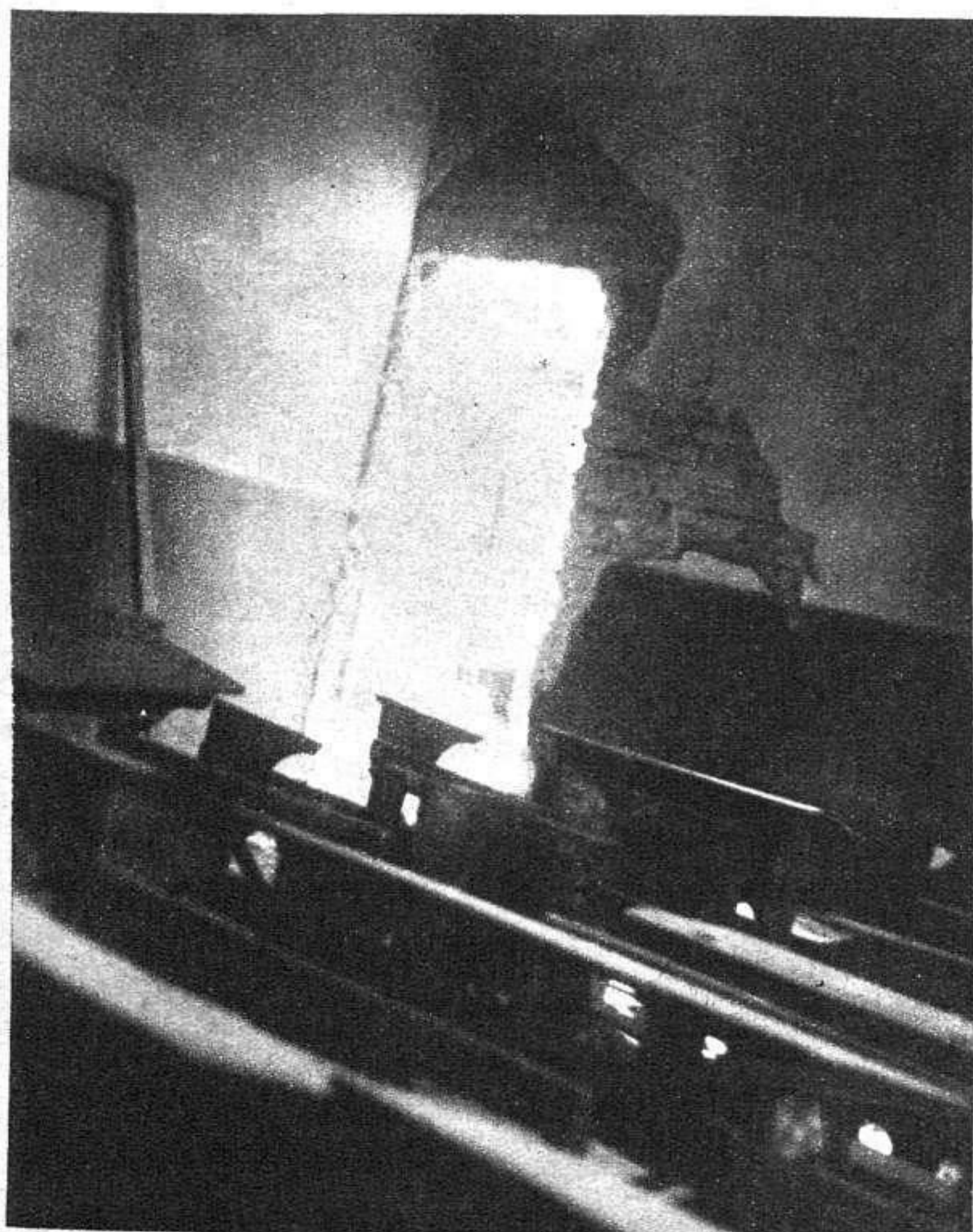
El pueblo chino está combatiendo tenaz y heroicamente contra la invasión de las tropas japonesas. Millones de hombres se movilizan ante la patria en peligro y marchan a engrosar las líneas defensivas del Ejército chino. De todas las ciudades salen masas de soldados para colaborar en la defensa del país amenazado e invadido

Miércoles, 24
de Noviembre
de 1937



AÑO XXVII
Número 1.360
Hermosilla, 73
portado 571
MADRID

Bombas sobre Lérida



He aquí unas cuantas dramáticas imágenes del último bombardeo de los aviones rebeldes sobre Lérida: Una escuela, sobre cuyos bancos pasó la muerte; unas viviendas mutiladas; los trabajos de descombro y salvamento entre las ruinas de los destrozados edificios... El balance de este bombardeo acusó un crecido número de víctimas, como es sabido. Lérida, reconcentrada en su dolor, supo vivir serenamente esta hora de luto, esta trágica herida sobre sus hijos y sus hogares

CATALUÑA EN MADRID

"Diez y seis meses de guerra"



BAJO este cielo plomizo de Noviembre, Madrid—la ciudad y los frentes—ha escuchado el ritmo acompañado y señorial de la sardana, *la dansa mes bella de totes las danses*, según las palabras de Maragall. La vieja danza de Cataluña ha trenzado sus giros ceremoniosos entre un coro de combatientes, de hombres que a diario ven el rostro a la muerte. Como en un homenaje a la música entrañable—canción de cuna de muchos de aquellos hombres—, callaron en ese tiempo la ametralladora y el cañón, y un silencio hondo fué el marco en que la sardana avivó emocionadamente recuerdos y nostalgias de soldados.

Estas sardanas—mensaje lírico de Cataluña a Madrid—eran interpretadas por la Cobla Albert Martí. Cataluña envió a Madrid un interesante equipo intelectual y artístico. Jaime Miratvilles, comisario de Propaganda de la Generalidad, venía al frente de la fraternal embajada. Miratvilles ha realizado desde este puesto una admirable labor, inteligente y fervorosa, con un sentido justo y elevado de lo que debe ser la propaganda de esta clase. Carteles, folletos, libros, postales, tienen un acento común de decoro estético, de buen gusto y de eficacia expresiva.

Obra del Comisariado, de que es alma y guía Miratvilles, es esta Exposición ahora inaugurada en Madrid,

Carreño España, delegado de Prensa y Propaganda en Madrid, ante uno de los mapas que se ofrecen al público en esta interesante Exposición organizada por el Comisariado catalán de Propaganda

Una muchacha de la Cobla Albert Martí impuso al alcalde de Madrid la insignia creada para los combatientes catalanes →

Arriba: Carreño España y Rafael Henche en la inauguración de la Exposición «Diez y seis meses de guerra», organizada por el Comisariado de Propaganda de la Generalidad (Fots. Vide)

en coincidencia con aquel ritmo de sardanas escuchado en estos días por la ciudad. «Diez y seis meses de guerra» es el título de la Exposición. Diez y seis meses de esfuerzo y de dolor, vistos a través de unos cuantos documentales gráficos, de unas cifras y de unas palabras. Esa Exposición es como una visión panorámica de la guerra, desde sus días primeros a estas jornadas de hoy. La guerra en todos sus aspectos: en la lucha de los campos de batalla, en la acción consoladora de las organizaciones sanitarias, en la protección de la retaguardia, en las instituciones de Cultura y de Asistencia social creadas paralelamente a la contienda...

Todo ello está someramente reflejado en la Exposición, en la que se ve recogido desde el nacimiento de la lucha hasta la aportación de la mujer a la guerra; desde las barricadas primitivas hasta el magno esfuerzo realizado por Cataluña para atender a los refugiados de las zonas de lucha. Gráficamente, todos estos documentales se complementan con unos mapas y esquemas de sobria eficacia expresiva. La Exposición cumple así su objetivo de hacer llegar a todos, de un modo claro y conciso, muchos aspectos interesantes de la lucha en que está empeñada España.

Esta Exposición es una de las cuatro—iguales—organizadas por el Comisariado catalán de Propaganda. Los materiales son los mismos en las cuatro; sólo cambian los rótulos y los epígrafes, en idioma distinto en cada una: castellano, francés, inglés y alemán. La en castellano está ahora por tierras de Méjico; por ello, la que Madrid tiene ante sí es la de los rótulos en inglés, que desde aquí será enviada a Londres. Otra esté en tierra francesa, y todas van de un sitio a otro, como documentales ambulantes de la lucha en España. Con ellas van carteles y folletos de propaganda, de esa admirable propaganda que la Generalidad ha sabido crear con un exacto concepto de lo que esta labor debe ser.

«Diez y seis meses de guerra» está ahora ante el público de Madrid, en la Delegación que en nuestra ciudad tiene la Generalidad. Cuatro amplias estancias, en cuyas paredes surge ante el visitante la visión esquemática de todo ese tiempo de sangre y de esfuerzo. Diez y seis meses que son ya carne de historia. Acaso, mientras el hombre de la calle contempla aquellas fotografías y aquellos mapas se está oyendo el cañón. «Diez y seis meses de guerra»: bien lo sabe este hombre de la calle que se asoma a la Exposición.



LA mujer—cuarenta y cinco años asustados y suspirantes—saludaba todas las mañanas al marido con las mismas palabras:

—De hoy no pasa, Joaquín. Tenemos que mudarnos a otro barrio más tranquilo.

Don Joaquín—cincuenta años resignados y una calva que en vano trataba de disimular con un peinado de oreja a oreja—sonreía blandamente, no contestaba y se iba a la oficina. Por el camino echaba sus cuentas: Tanto, del traslado de los muebles; tanto, de la fianza de la luz; tanto, del mes adelantado. Total: habrá que convencer a Luisa para que espere.

En la casa quedaban la mujer y las dos hijas pasando un largo rosario de suspiros y de lamentaciones. Desde las altas ventanas de la casa se dominaba un paisaje casi velazqueño, de árboles barrocos, subrayados con una rúbrica de humo. Sonaban casi constantemente los disparos, y más de una vez, en el silencio pesado de la noche sin circulación callejera, nudillos de plomo llamaron insistentemente en las maderas de los balcones.

Doña Luisa—cuarenta y cinco años asustados y suspirantes—se refugiaba en la cocina, buscando en el ir y venir apresurado y en el ruido del aluminio casero un punto de partida para ahogar los ruidos de fuera. Las hijas, entretanto, se bebían a pequeños sorbos su ración de horas burguesas, entre lamentaciones entrecortadas y puntadas nerviosas a la ropa blanca del ajuar.

En los pasillos de la casa, a media voz, se hacía una edición extraordinaria de comentarios: «¿Ha visto usted? ¡Estos periódicos...!», mientras los ojos recorrían la escalera con el miedo de que alguien pudiera escucharlos.

La calle empezó a ponerse leprosa. Dientes de plomo violento se iban comiendo las esquinas y dejando un pulverizado de viruelas en las fachadas. Pero don Joaquín seguía echando sus cuentas, camino de la oficina, para llegar al total negativo de todas las mañanas. Y doña Luisa y las niñas, deshaciéndose en suspiros.

Un día—hoy hace exactamente un año—cayó un obús en la casa, dos pisos más arriba del que ocupaba don Joaquín con su familia. Don Joaquín estaba en su oficina y le dió un vuelco el corazón cuando, tras un

HOY HACE UN AÑO

Una ventana frente a la geografía de la guerra

violento repiquetear del teléfono, oyó la voz angustiada de su mujer al otro lado del hilo.

—De hoy no pasa, Joaquín. Tenemos que mudarnos a otro barrio más tranquilo. En el piso de doña Rosa acaba de caer un obús.

Y don Joaquín—cincuenta años resignados y una sonrisa blanda y clara en los labios anémicos—se quitó el manguito y se fué a ver al habilitado, para pedirle que le adelantara la paga de aquel mes.

—Habrá que llevárselo todo.

—¿Y si dejáramos aquí todo lo que no sea indispensable? Lo mejor sería conservar el piso para cuando acabe la guerra. ¡Es tan bonito el cuarto y hay en él tanto sol!

En estas cábalas se pasaban las horas y los días. A doña Luisa y a las niñas les había entrado una actividad febril y se pasaban el día, de la mañana a la noche, haciendo paquetes y más paquetes, porque a la hora de la selección todo les parecía indispensable. Don Joaquín había tenido suerte. En el barrio de Salamanca vivían unos amigos, que le ofrecieron su piso. Y era él ahora el que se consumía de impaciencia y se desesperaba ante la lentitud de su mujer y de sus hijas, enfrascadas en hacer y deshacer cada cinco minutos una lista de objetos transportables.

De pronto cayó otro obús en la casa. La noche antes, tres bombas de aviación habían enronquecido el aire sereno de Madrid. Por la calle se veía un ir y venir de personas, tras los carritos cargados de ropas y de muebles. Esta vez el obús pareció buscar la casa de don Joaquín, yendo a clavarse en el piso de al lado. Varios trozos de metralla habían tomado asiento, después de atravesar los cristales, en las sillas despanzuradas del comedor.

—De hoy no pasa, Luisa. Tenemos que mudarnos hoy mismo.

Por la tarde empezaron a llenar el carro de la mudanza. Como en un solo viaje no se podía transportar todo lo que la previsión de doña Luisa había preparado, el carro iba y venía, mientras arriba, en los balcones erizados de puleas, se abría un zócalo de lamentaciones por todas las cosas que tenían que dejar allí.

Anochecido se dió fin a la faena. Cuando ya iban a echar la llave del piso, cayó un nuevo obús. Don Joaquín, doña Luisa y las niñas se encontraron de pronto sepultados en un estruendo de cascotes. Cuando se levantaron, palpándose el cuerpo, a la busca de la herida posible, se encontraron ilesos. Pero el canario, aquel canario que era el punto propicio para la caricia y los mimos de las dos niñas, no cantaba ya. Entre los hierros retorcidos de la jaula, manchada de polvo y de sangre, una bolita amarilla aleteaba por última vez.

Y don Joaquín—cincuenta años sentimentales—, cuando contaba a sus amigos el episodio, miraba a doña Luisa—cuarenta y cinco años asustados y suspirantes—, para lanzarle este reproche:

—¡Si tú me hubieras hecho caso!... ¡Si nos hubiéramos mudado cuando yo te dije!...

ANTONIO OTERO SECO

A nuestros lectores

Este número de nuestra revista consta de doce páginas. Siempre que nuestras existencias de papel nos lo permitan, continuaremos presentando la misma cantidad de páginas a nuestros lectores, a quienes renovamos nuestro deseo de poderles dar cuanto antes números de mayor volumen que estos que hoy nos vemos obligados a publicar

El Congreso de la U. G. T. en Barcelona



Un aspecto parcial del Palacio de la Música Catalana durante una de las sesiones del Congreso de la U. G. T. de Cataluña, celebrado en Barcelona, con asistencia de más de dos mil delegados, que representaban a más de 600.000 trabajadores

(Fot. Torrents)

Un miliciano de la Cultura

Ocurrió en un frente no lejano de Madrid. A poca distancia de las trincheras de primera línea. En una pequeña explanada se yergue una corpulenta encina. A su sombra, en una mañana calurosa de este verano, un miliciano de la Cultura estaba confeccionando el periódico del batallón, que luego colocábamos a la entrada de una de las chavolas para que pudieran leerlo todos los compañeros.

En una gran cartela, el miliciano iba pegando con gran cuidado recortes de periódicos, dibujos, fotografías y algunas hojas, escritas a máquina, con trabajos de divulgación para los soldados.

Tenía buen gusto el muchacho, y colocaba artísticamente los grabados. Nuestro periódico era casi siempre el más atractivo del campamento. Unos cuantos soldados contemplábamos la tarea del miliciano de la Cultura, e íbamos comentando los grabados y rótulos.

De repente rompieron la calma del campo unos disparos cercanos, y en seguida se enredó uno de esos intensos tiroteos que se suscitan en los frentes a la menor alarma.

Corrimos todos a nuestros puestos en las trincheras. El miliciano se quedó allí, ante su cuadro, en la explanada que decoraba la magnífica encina.

Duró el fuego, con gran intensidad, casi un cuarto de hora. Y cesó también con la misma inexplicable rapidez con que había empezado.

Restablecida la calma, y comprobado que no había nada que temer, salimos otra vez de nuestra trinchera.

Y fué grande nuestra sorpresa al ver que el miliciano de la Cultura no se había movido de su sitio. Allí estaba, como le dejamos, arrodillado ante la cartela, en cuya parte inferior acababa de colocar el último recorte de periódico.

Nos acercamos a felicitarle por su serenidad. Enter-



Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

ces, uno de nosotros le hizo esta observación:

—Compañero, esa fotografía de en medio está torcida.

—Y ese letrado, también —dijo otro.

—Vamos, que con los tiritos te ha temblado el pulso, ¿verdad? —bromeó un tercero.

Y el miliciano, tranquilamente, sin dar a la cosa la menor importancia, contestó:

—Efectivamente, tenéis razón. Las figuras están un poco torcidas. Pero es que he tenido que pegarlas con la mano izquierda. Apenas empezó el tiroteo me hirieron en el brazo derecho. ¡Y por no dejar sin acabar el periódico...!

Hasta entonces no advertimos que la mano derecha del bravo muchacho estaba chorreando sangre. ¡Auténtico miliciano de la Cultura! —FIDEL HERNÁNDEZ ROBLEDO.

Venganza felina

«Teníamos por mascota de nuestra compañía un gato que tres meses antes habíamos recogido, muy chiquitín, en un caserío abandonado.

En las marchas lo llevaba cualquiera de nosotros en el macuto, y luego nos divertíamos viéndolo enredar con cualquier papelote o dando saltos para atrapar musarañas.

Ni que decir tiene que nutríamos a nuestra mascota como a un canónigo, y le llevábamos siempre limpio y adornado de lazos, como a un conejillo de rifas. Pero todos nuestros cuidados, y de vez en cuando algún manotazo, no podían corregir una condición, sin duda hereditaria, del animalejo. Nuestro gato era más ladrón que Caco.

Con él eran inútiles todas las precauciones. Olía las vituallas, por muy escondidas que estuvieran, y al menor descuido se apoderaba de ellas, corriendo a esconderse con su botín a una cueva o trepando a un árbol. A la hora de la comida había que estar con cien ojos. Ni le bastaba ni quería lo que le dábamos. Parecía que sólo le alimentaba lo que robaba, y aun-

que le ofreciéramos a la mano una sardina, la desdénaba para apoderarse por sorpresa de cualquier otra cosa menos suculenta.

Y por si fuera poca esta «virtud» del animalito, cuando fué mayor se complacía en destrozar cuanto estaba a su alcance: igual rapiñaba un trozo de pan que un pañuelo o un calcetín, con el que jugaba hasta convertirlo en un guiñapo. El robo de un magnífico filete en el que nuestro sargento se estaba mirando «como en las niñas de sus ojos», colmó la medida de las hazañas gatunas.

Había que acabar con aquel «indeseable». Nos constituimos en Tribunal, y aunque hubo quien insinuó que debía convertirse nuestra mascota en un buen estofado, la mayoría fué más clemente, y se decidió por el extrañamiento.

Cogimos al gato, le atamos al rabo una lata vacía de conservas, metimos en ella un papel que decía: «Expulsado por fascista», y lo lanzamos por encima de nuestra trinchera. La mascota, en cuanto se vió libre de nuestras manos, salió disparada hacia las líneas de trincheras enemigas, y se perdió entre los matorrales del monte.

Aquella noche fué de intranquilidad, de nervosismo, en el sector. De rato en rato, a todo lo largo de la línea, los escuchas daban la señal de alarma, y había que acudir a los parapetos. De punta a punta no hacían más que sonar tiros de los centinelas avanzados. El monte parecía embrujado, y de vez en cuando unos ruidos extraños suscitaban la alarma.

Cuando amaneció, los compañeros nuestros que estaban de parapeto vieron, en un pequeño raso, a nuestra «mascota», tendido inmóvil. El disparo de algún centinela había acabado con nuestro ladronzuelo. El animalejo, paseando su lata por el monte, había sido la causa de las alarmas. Hasta última hora nos dió ruido. Su venganza por la expulsión había consistido en no dejarnos dormir en toda la noche. —NICOLÁS MARTÍN CAMPA.

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRÁFICO recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

El camarada González es un buen combatiente: valeroso, sereno, disciplinado. Es ya un veterano; sabe pelear y soportar las incomodidades. Dos virtudes del buen soldado. Sólo tiene González un pequeño inconveniente: la manía de filosofar, que precisamente le acomete en los momentos menos oportunos.

Hay veces que está uno rendido, deseando descansar, después de una larga marcha o de varias horas de parapeto o de lucha. Y es entonces, cuando ya está uno en la chavola, en el refugio o en el cuartel del pueblo; es cuando al buen González le «da el naípe» por plantear un tema de discusión: una discrepancia ideológica, o un problema social, o simplemente una duda doctrinaria.

Así ocurrió esta mañana. Desde el amanecer se había entablado combate. La artillería tronaba sin cesar. Teníamos acordonado con un cinturón de fuego un pueblo de estas tierras aragonesas que estaba en poder de los fascistas. El enemigo se defendía a la desesperada. Después de la preparación artillera, sólo esperábamos la orden de lanzarnos al ataque.

Estábamos en un parapeto, a doscientos metros de las primeras defensas enemigas. Esperábamos anhelantes la orden de salir de las trincheras y asaltar el pueblo. Teníamos los fusiles calientes de tanto disparar.

Al buen González, que estaba junto a mí, se le ocurrió decirme:

—Pensaba ahora mismo en que, después de todo, nada ha cambiado en el mundo. Lo más importante, que es la vida del hombre, se juega por cosas que no tienen vida propia: por el color de un pedazo de tela o por la forma de un saludo. Y yo me pregunto—González es el hombre de las tremendas interrogaciones pueriles—: ¿qué quieren decir los saludos? Los fascistas lo hacen con el brazo y la mano extendidos. Nosotros, con el puño en alto. ¿Qué lógica tiene eso?

HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

VII

Un niño que llora

A pesar de que «no estaba la Magdalena para tafeitanes», porque las balas silbaban a placer, yo le conté a González:

—Pues todo tiene su razón y su lógica. Con el gesto se expresa el sentimiento. Una mano extendida es señal de sumisión; un gesto, de acatamiento. Un puño en alto es, hasta físicamente, un ademán de protesta y rebeldía. Que extiendan la mano los sumisos, los acatadores de jerarquías. Nosotros, no. Nuestro puño cerrado significa protesta, rabia, rebeldía. ¿Y qué otra cosa es la guerra, por nuestra parte, sino la protesta, la rebeldía de los que no se resignan a la tiranía, al despotismo, a la injusticia? Todo lo que vive y tiene fuer-

za protesta contra lo que lo quiere dominar. Ya ves si tiene importancia el saludo.

—¡Pamemas! —comentó González.

Y como el combate arreciaba, se puso a disparar sin que un solo músculo de su rostro se contrajera cuando la metralla enemiga silbaba sobre su cabeza.

Se dió la orden de ataque. Tomamos el pueblo al asalto, en lucha frenética contra los facciosos, que, refugiados en su último reducto de la iglesia, defendían el terreno. Al fin evacuaron definitivamente el poblado.

Empezamos a registrar las casas que habían quedado intactas después del bombardeo.

En el piso bajo de una de ellas encontramos, solo, en una cama, a un niño de pocos meses, que lloraba desesperadamente, asustado por el ruido. No había nadie más en la casa. Sólo el llanto, los gritos del niño, rasgando el aire del hogar abandonado. ¿A quién pertenecía? ¿Quién había tenido alma—tan negra de crueldad o de miedo—para dejar abandonado a un niño?

¿Quién sería aquel rapaz que lloraba, desgañitándose en la terrible soledad de la guerra?

Preguntas como éstas nos hacíamos íntimamente todos, emocionados por el espectáculo de aquel niño que lloraba. Y González, en su afán de filosofar, las decía en voz alta.

Yo, entonces, resolví la situación, diciéndole a González:

—Coge a ese niño. ¡Es un camarada! ¿Te acuerdas de lo que te decía hace dos horas? Todo lo que vive y tiene fuerza protesta y se rebela. ¡Este rapaz es «de los nuestros». ¿No ves cómo nos saluda?

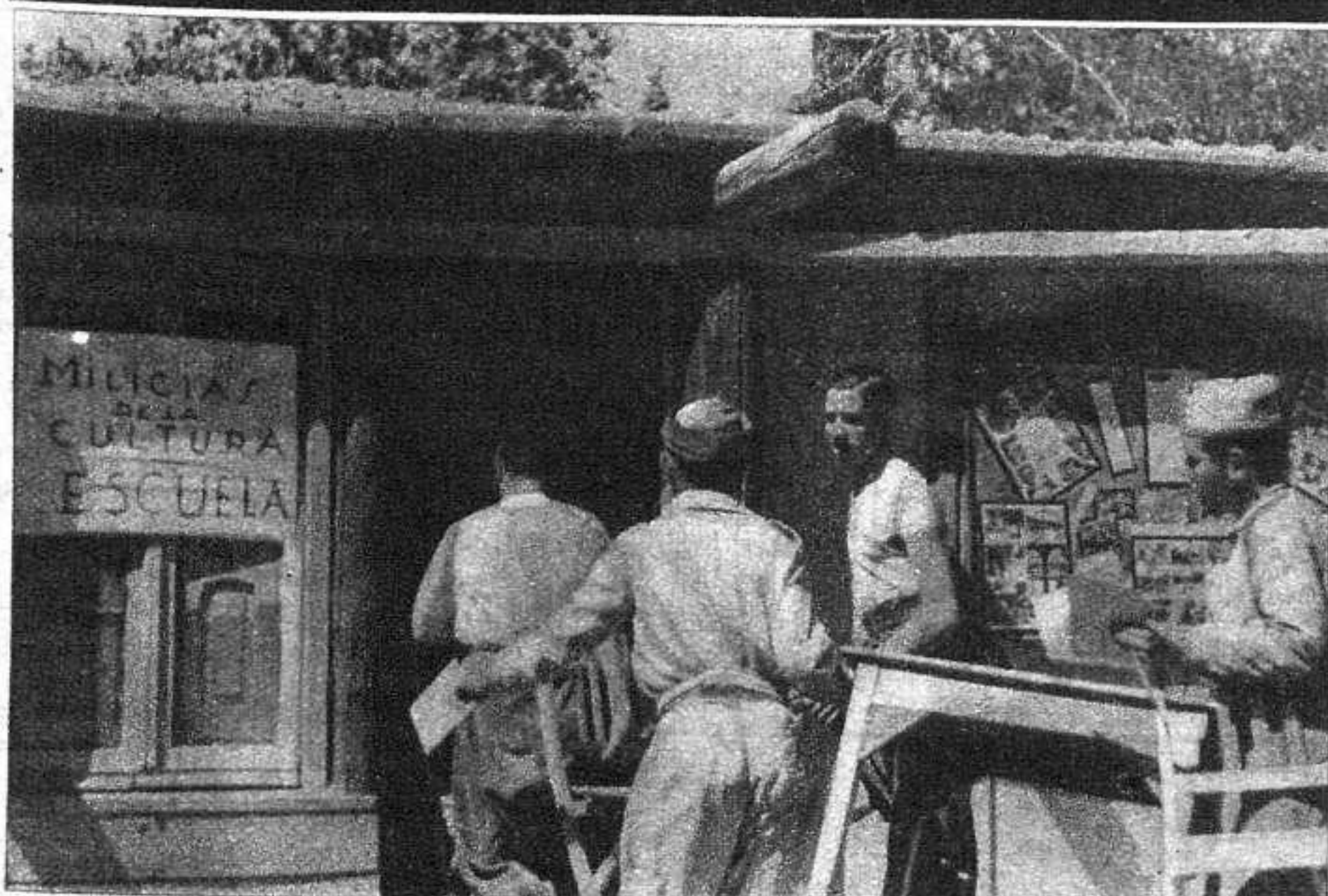
Y era verdad. El pequeño lloraba hasta desgañitarse. Y sus dos puñitos, crispados y en alto, parecían hacer un doble saludo proletario!

JUAN FERRAGUT

REPORTAJES DE GUERRA



Una clase de las Milicias de la Cultura en el frente



Una escuela instalada por las Milicias de la Cultura en el frente



El miliciano de la Cultura supera sobre la marcha la consigna de «Ni un soldado analfabeto en el Ejército Popular».

Cómo actúan en los frentes de Madrid las Milicias de la Cultura, formadas exclusivamente por maestros e intelectuales dedicados a la ENSEÑANZA

He aquí exactamente lo que nos ha manifestado el camarada Antonio García Jiménez, inspector, responsable o jefe de las Milicias de la Cultura del frente del Centro:

—Seiscientos noventa son los milicianos de la Cultura que trabajan en el frente del Centro. Los milicianos de la Cultura luchan contra el analfabetismo entre el silbido de los proyectiles, morterazos crueles, estampidos de los cañonazos, en las trincheras y en los parapetos, en las chavolas y, en una palabra, en todos los lugares donde se encuentran nuestros combatientes.

—¿Cómo tienen distribuidas las escuelas?

—En los picachos de la Sierra, en las calles subterráneas de la Ciudad Universitaria, en las trincheras del Jarama, en todos los sitios, por peligrosos y absurdos que sean, se encuentra una escuela.

—¿No cuentan ustedes también con una Escuela ambulante?

—En efecto. Y sirve para dar charlas y conversaciones en las trincheras.

—¿Cómo lo hacen ustedes?

—En las horas de la tarde, distintas de las fijadas para analfabetos, dos equipos de tres milicianos de la Cultura se distribuyen en las posiciones de primera línea o en un refugio o recodo de la trinchera, donde se congregan en torno al maestro los combatientes. Y allí discurre la conversación sobre temas diversos suscitados por los mismos soldados. Esto es la Escuela ambulante. Una maleta o cajón, con diez o doce libros bien escogidos, es suficiente. Esta Escuela aparece allí donde se muestra deseo de aprender, y constituye una nueva trayectoria de la enseñanza: verdadera democratización.

—¿Tienen alguna víctima entre los milicianos de la Cultura?

—Uno, nuestro querido y malogrado compañero Sigfredo Rodero Lafarga, perteneciente al segundo batallón de la cuarenta y ocho brigada, que opera en el sector de El Pardo.

—¿Cómo fué la muerte de este héroe?

—Una tarde de los primeros días de Agosto dió su clase a los soldados analfabetos de una de las compañías de su batallón. Terminó su labor en aquel grupo, y se dispuso a cruzar las trincheras inmediatas, donde le esperaban otros combatientes. En aquel preciso momento, los fusiles que le acechaban dispararon contra nuestro compañero. Un proyectil le hirió mortalmente en el pecho. La Escuela quedaba a muy pocos metros de su cuerpo exánime. Los libros que llevaba quedaron manchados de sangre. A las nueve horas, en el hospital de la División, dejó de existir.

—¿Se circunscribe la enseñanza solamente a los soldados?

—En estos días se están desarrollando unos cursillos intensivos para capacitación cultural de oficiales. En el mismo Cuerpo de Ejército se está celebrando un cursillo para delegados políticos, con un excelente plan, en el que toman parte las Milicias de la Cultura, el Comisariado de Guerra y los Mandos militares.

—¿Obtienen ustedes resultados satisfactorios?



Sigfredo Lafarga, miliciano de la Cultura, halló la muerte cuando cumplía sus deberes pedagógicos

—Durante el mes de Agosto, por ejemplo, hemos obtenido un gran triunfo. Varios miles de analfabetos han aprendido a leer y escribir en las mismas trincheras, parapetos y cuarteles de descanso. Un ejemplo inmediato y palpable: en una brigada de doscientos veinte analfabetos aprendieron ciento once. El cincuenta por ciento. En una División dejaron de ser analfabetos doscientos veintiocho de ochocientos ochenta y ocho que no sabían leer ni escribir. Los milicianos de la Cultura de esta División dieron dos mil quinientas clases a siete mil doscientos cincuenta y siete soldados. Es decir, que en el mes de Agosto solamente, más de dos mil combatientes han sido librados del analfabetismo en este sector del Centro.

—¿Qué otras actividades desarrollan ustedes?

—Muchas y muy diversas. Por ejemplo, los milicianos de la Cultura también han escrito centenares de artículos en la Prensa del Frente. Dirigen y colaboran en todos los periódicos murales de batallones y compañías. Organizan y dirigen las bibliotecas de las trincheras y de los cuarteles y hogares del combatiente. También tenemos por la radiodifusión interesantes cuestiones culturales. Contamos con varios equipos de cine y fono, que han dado interesantísimas sesiones de cine educativo en Cuerpos de Ejército y batallones, con asistencia de los altos jefes militares, comisarios y millares de combatientes.

—¿Reciben muchos alientos a su labor por parte de los interesados?

—Muchos. Nos llegan numerosas cartas y escritos, donde se manifiesta la gratitud a las Milicias de la Cultura del sector del Centro. Veamos un ejemplo:

«Los camaradas del segundo, cuarta compañía del Cuerpo de Tren del Ejército—nos escriben—, convencidos de la grandiosa labor realizada por vuestras milicias, os alentamos a continuar sin descanso hasta obtener el triunfo de vuestros desvelos. Nosotros, satisfechos y agradecidos de la buena actuación de vuestro camarada Sisinio Villagrà, podemos asegurar que en fecha no muy lejana ese camarada podrá enorgullecerse de haber desterrado el analfabetismo de las filas de nuestra compañía».

—¿Cómo se arreglan ustedes para instalar las Escuelas?

—Esto lo consiguen los milicianos de la Cultura ayudados por los combatientes. En donde se carece de mobiliario—bancos, pupitres, etc.—, los mismos maestros lo fabrican con troncos de los árboles cortados. Y así nos vamos arreglando para cumplir lo más fiel y escrupulosamente posible la noble misión que nos ha sido encomendada.

JUAN DEL SARTO

P A R A C A I D A S

III

Las nuevas posibilidades que la guerra ha abierto a lo que antes era sólo un aparato de salvación

Los paracaídas y la guerra

AL correr de los días, el paracaídas deja de ser exclusivamente un aparato para el salvamento del aviador en un momento determinado. Es más, mucho más. Inicia una nueva vida independiente, abierta a un horizonte de posibilidades de un gran interés. En la guerra, el paracaidismo puede tener aplicaciones de una eficacia insospechada.

En los años de la contienda mundial, ya los paracaidistas fueron iniciados en los servicios de espionaje. A veces caían en la retaguardia enemiga, cuando ya la noche había cerrado, unos hombres que inmediatamente se transformaban y disfrazaban para empezar a actuar. Muchos planes y propósitos de combate fueron truncados por este medio. El adversario no llegaba a explicarse cómo habían podido penetrar en su campo unos hombres que a fuerza de audacia y de astucia ponían al descubierto muchos propósitos preparados sigilosamente.

Otra acción de los paracaídas: el abastecimiento de núcleos a los que su situación militar o la dificultad de comunicaciones por vía normal coloca en situación comprometida. Sabido es, por ejemplo, que en la guerra de Abisinia fueron lanzados paracaídas con municiones de boca y fuego a las tropas italianas situadas en regiones por las que el transporte mecánico era difícilísimo. Y en nuestra propia guerra, reductos sitiados han sido abastecidos también de esa misma manera, permitiendo con ello una resistencia que, si no, se hubiera quebrado mucho más pronto.

Posibilidad y riesgo de la «infantería aérea»

Una de las últimas aplicaciones del paracaídas—en litigio aún en cuanto a su eficacia—es la que permitirá crear la llamada «infantería aérea». Esta se formará con los hombres armados, que en un momento dado se lanzarán en paracaídas desde los aviones sobre el territorio enemigo. Estos «soldados del aire» po-



Estos muñecos de trapo sirven para la enseñanza del paracaidismo en las escuelas inglesas de aviación

¿Podrá existir una «infantería aérea» en las futuras luchas?

drán provocar combates en zonas de la retaguardia situadas, por ejemplo, a cien kilómetros del frente. Hay una película—Golpe por golpe—en la que se puede ver esta nueva táctica guerrera. Mientras hay muchos que creen que en este sentido el paracaídas significará una ver-

dadera revolución en las artes de la guerra, otros, en cambio, dudan de la eficacia que pueda tener la «infantería aérea». Según éstos, el descenso de los paracaidistas ofrecerá un blanco de importancia a la acción de las ametralladoras enemigas.

Desde luego, en este aspecto el paracaídas está sujeto a perfecciones y rectificaciones que lo sitúan en un momento de formación todavía. Es a lo largo de los tiempos futuros cuando este aparato ha de ir logrando toda su plenitud.

El paracaidismo en la U. R. S. S.

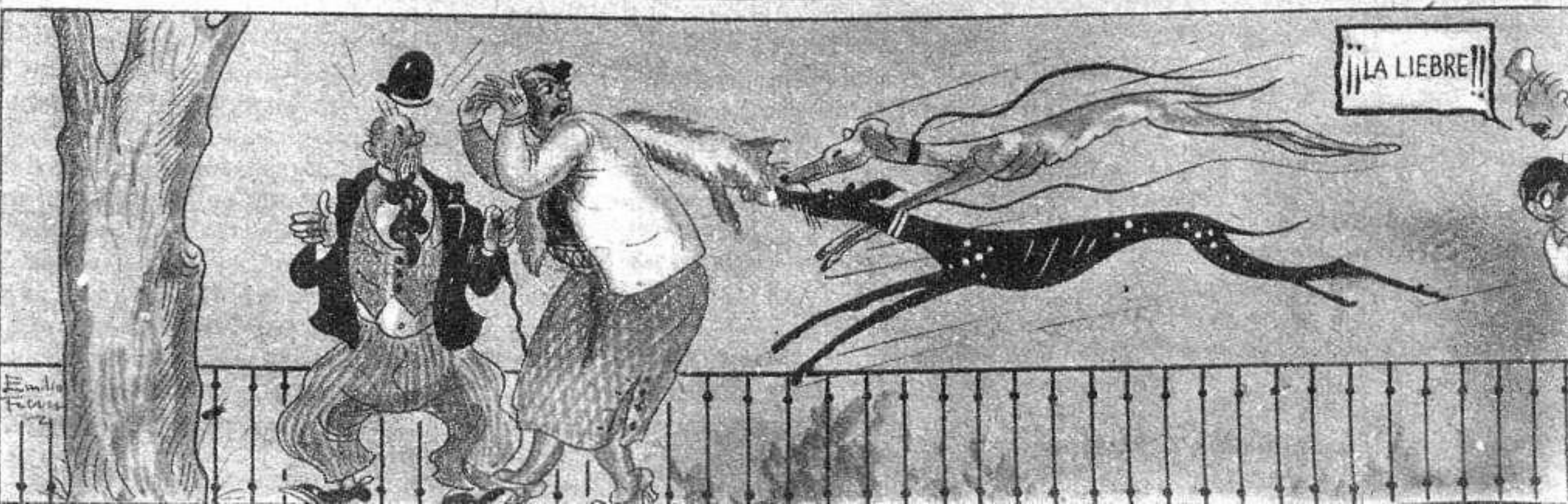
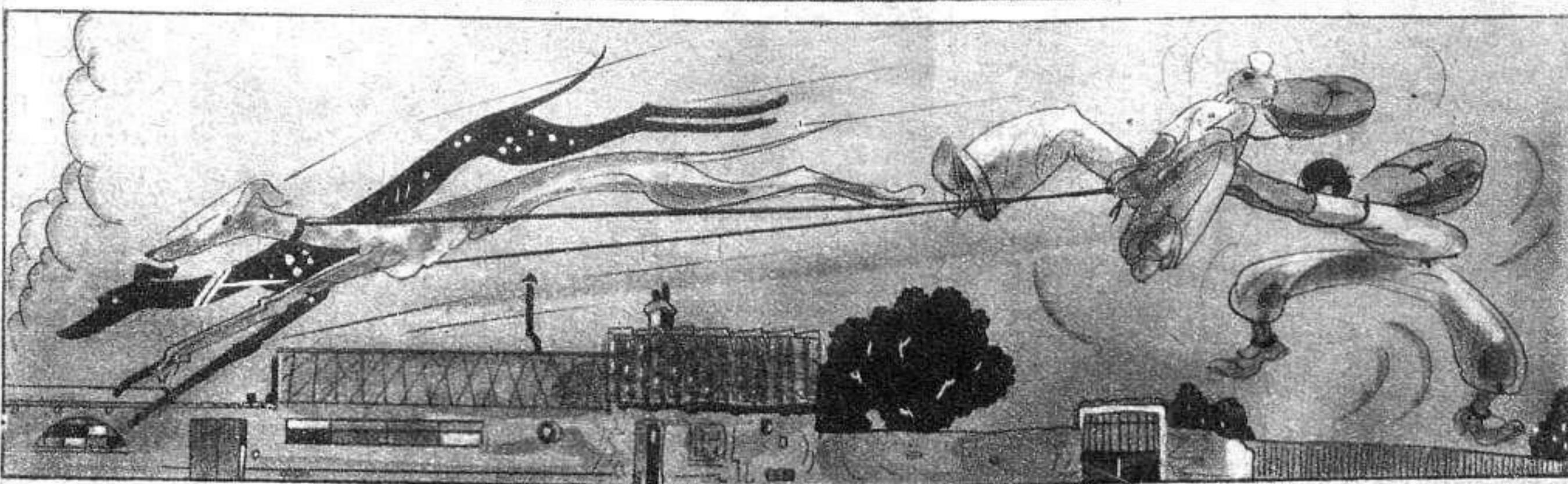
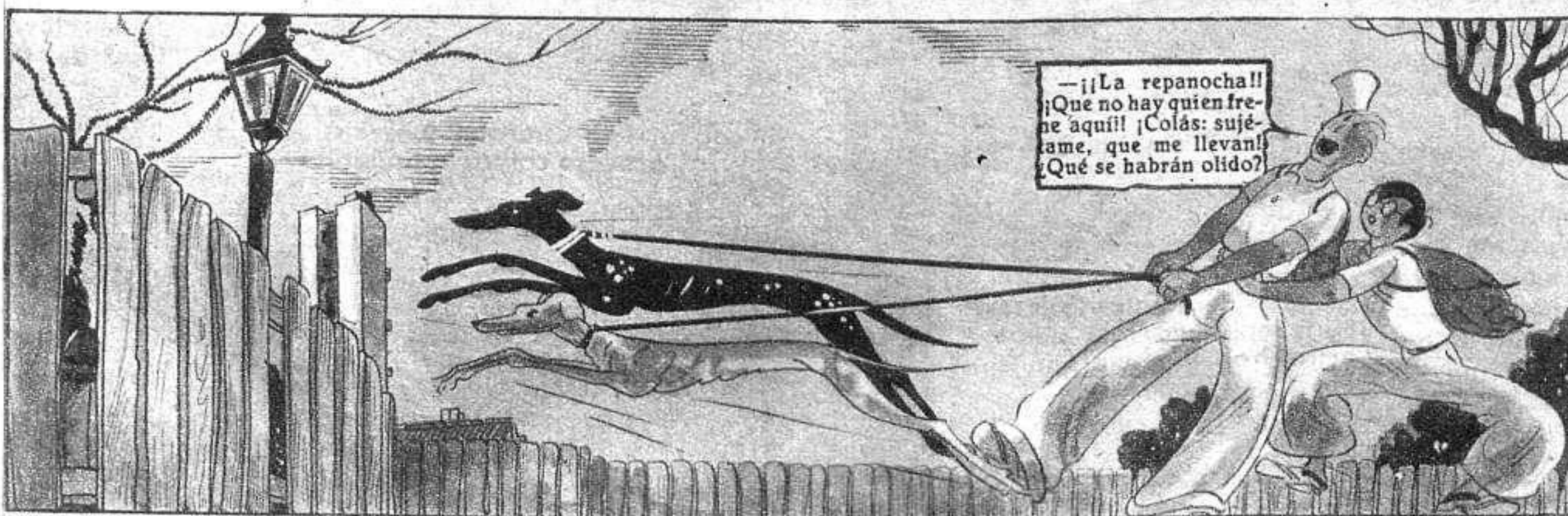
Toda esta gran eficacia futura del paracaidismo ha sido comprendida plenamente, apasionadamente, en la U. R. S. S. Hasta tal punto, que allí el paracaidismo es casi un deporte de masas.

Dos objetivos perseguía el paracaidismo en el país de los Soviets: preparar una base amplísima a la aviación y hacer extensa e intensa la instrucción premilitar.

Para el aprendizaje del paracaídas existen allí escuelas especiales, con clases teóricas y prácticas y con personal especializado. Hay torres de entrenamiento, desde las que los alumnos se pueden lanzar al espacio en condiciones absolutas de seguridad. Puede decirse que en todas las ciudades soviéticas se elevan estas torres en los parques de cultura física.

Ellas han sido uno de los factores de más importancia para el fomento de este deporte del paracaidismo entre las masas de la U. R. S. S. Y no son sólo los hombres los que dan ese salto sobre el vacío en las fiestas deportivas de las ciudades soviéticas. También las mujeres han llegado a apasionarse con ese ejercicio emocionante del lanzamiento al espacio en el paracaídas.

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLO



La vida, el amor y la muerte de "MATA-HARI"

XII

"Mata-Hari" ante el Consejo de Guerra



La casa que en el barrio de Neuilly, en París, tenía «Mata-Hari»

Una mujer en el banquillo

VARIOS meses después de la detención se celebra Consejo de Guerra contra la bailarina acusada de espionaje. Es el 24 de Julio de 1917. Mata-Hari se presenta ante el Tribunal confiada, tranquila y sonriente. «Aún la veo—escribirá más tarde el comandante Massard—en el banquillo de los acusados, erguida, alta, esbelta... Con su vestido azul, descotado, en punta; su sombrero-tricornio, coquetamente militar...» Todas las miradas se tienden, curiosas, hacia aquella mujer, serena ante el peligro.

Al fiscal le ha sido comunicado que el punto principal de la acusación está basado sobre comunicaciones de agentes secretos y en relaciones confidenciales de los espías. Todo ello es conocido de los jueces, pero no de la acusada, que así tiene menos elementos de defensa y no sabe realmente la magnitud del riesgo dramático en que se encuentra.

Comienza el interrogatorio. Un interrogatorio duro, infatigable, en el que las palabras intencionadas van buscando la culpabilidad, atacando una y otra vez, acosando a la mujer que quiere defenderse y que, sin embargo, está a cada instante más dentro de la trágica malla acusatoria.

«Treinta mil marcos era mi precio corriente...»

Las primeras palabras son de fórmula y de trámite. Luego comienza a hablar el presidente del Tribunal. En el gran silencio de la sala, el interrogatorio tiene un eco grave, profundo.

—El día de la declaración de la guerra entre Francia y Alemania—dice el presidente—se la vió a usted en el coche del prefecto de Policía de Berlín. ¿Cómo explica usted esto?

—Yo trabajaba entonces en un music-hall de Berlín. Allí es donde conocí al prefecto de la Policía. En Alemania, la Policía tiene el derecho de «censurar» los trajes que se saquen en los teatros, en los dancings, en las salas de espectáculos. Algunos dieron en decir que yo bailaba demasiado desnuda. El prefecto vino a comprobarlo por sí mismo. Y así nos conocimos. Venía frecuentemente por mi camerino. No tiene por esto nada de extraño que alguien nos viese después juntos...

—Bien. Pero muy poco después usted entraba al servicio del jefe del Espionaje alemán. Le fué confiada a usted una misión en París. Le fueron entregados treinta

mil marcos. Fué inscrita en los registros del Espionaje alemán con la cifra H-21...

Mata-Hari responde en seguida a estos cargos:

—Es cierto que adopté un pseudónimo para escribirme con mi amigo, y es cierto, igualmente, que me dió treinta mil marcos. Pero esos treinta mil marcos no eran el pago de mis servicios de espía, sino el precio de mi amor. Yo era la amante del jefe del Espionaje alemán.

—Sí, lo sabemos. Ahora que nos parece excesiva esa generosidad del jefe del Espionaje...

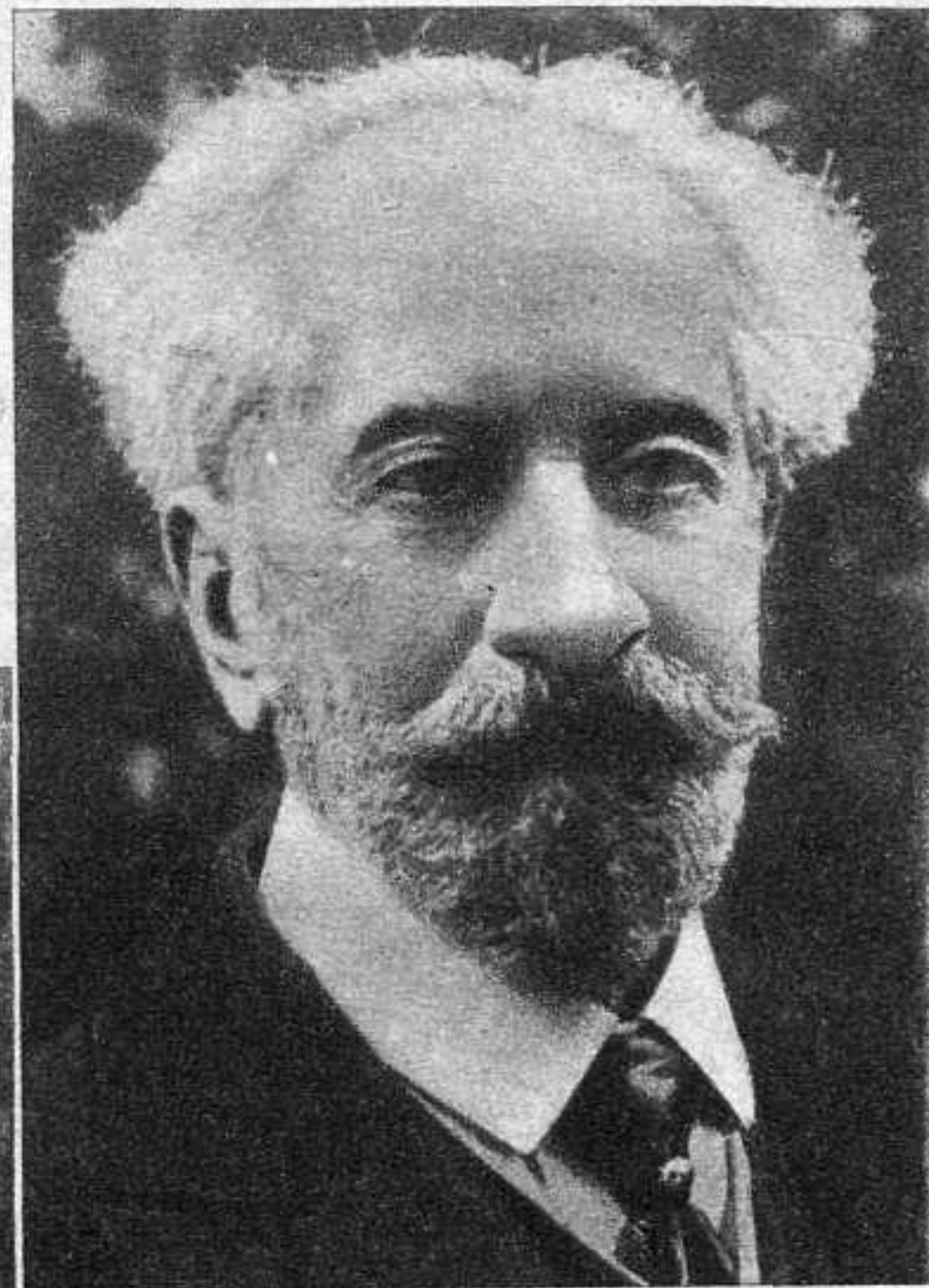
La mujer se encoge de hombros.

—Treinta mil marcos era mi precio corriente. Nunca me daban menos mis amantes...

Dinero de espionaje, dinero de amor...

El presidente y el fiscal continúan su interrogatorio, continúan envolviendo a Mata-Hari en una acusación que por momentos se hace más dramática.

Acusan a la bailarina de haber permanecido una larga temporada en Francia, en los frentes y en las zonas de retaguardia, relacionándose continuamente con mili-



El abogado Clunet, que defendió a «Mata-Hari» en el Consejo de Guerra



El capitán Boa-Chardon, juez instructor del proceso contra la bailarina



La casa de «Mata-Hari» en París tenía una reja que la actriz había comprado en España

Nadie reconocería a «Mata-Hari» en estos retratos de la ficha que se le hizo al ingresar en la prisión...

tares, y en relación, al mismo tiempo, con las oficinas del Espionaje alemán en Amsterdam. Desde estas oficinas le enviaban de modo constante dinero, en pago de las noticias y las informaciones que ella proporcionaba.

Mata-Hari niega todos estos cargos que se le hacen. Ella no ha sido espía nunca. Escribía, es cierto, al jefe del Espionaje alemán. Pero esas cartas eran cartas de amor. Y aquel dinero era también dinero de amor...

—Yo no tenía la culpa—concluye—de que mi amante fuera el jefe del Servicio de Espionaje alemán...

La prueba definitiva

Mas los arcos no han terminado todavía. La voz del presidente continúa, acusadora e implacable.

—Se hizo usted sospechosa a nuestro Servicio de Contraespionaje. Mas como, a pesar de ello, no se tenía una prueba definitiva contra usted, se procuró que saliese de Francia, empujándola hacia España...

El presidente evoca la celada que el Contraespionaje francés tendió a Mata-Hari. Alejándola de Francia se conseguía, en primer término, librarse, por lo pronto, de ella, y después, descubrirla de tal modo que ya no cupiese duda de ninguna clase.

Si efectivamente era espía, el Espionaje alemán de Madrid hablaría con Alemania o con Holanda de ella y de sus informaciones. Y la clave de que el Espionaje alemán se servía para comunicarse con Alemania y con Holanda era conocida del Contraespionaje francés.

La maniobra no tardó en dar sus frutos. Al poco tiempo de la llegada de Mata-Hari a Madrid, uno de los agregados de la Embajada alemana en España, von X..., pedía por radio a Amsterdam que girasen a París, a nombre de ella, quince mil pesetas, que ella recogería.

Ese radio fué recogido por la estación de la torre Eiffel, y traducido, conforme a las claves que se tenían, por las oficinas de Contraespionaje. A los pocos días, cuando la bailarina se presentó en París a recoger el giro, era detenida.

—Usted no podrá negar—dice el presidente, tras esta evocación de cómo se hizo caer a Mata-Hari—que cobró esas quince mil pesetas...

—Es cierto, desde luego. Pero es que von X... era también mi amante. Y no queriendo pagar mis caricias con su dinero, le fué mucho más práctico hacerlas pagar con el dinero de su Gobierno...

—Entonces—insiste y pregunta el teniente coronel que preside el Consejo de Guerra—, reconoce que el dinero por usted recibido provenía del jefe del Servicio de Espionaje alemán en Amsterdam?

—Sí. El dinero me llegaba de mi amante de Holanda, que, sin saberlo, pagaba así las deudas de mi amante de España.

Una prueba más

La prueba es abrumadora. Cruza por la sala la sensación angustiosa de que Mata-Hari está perdida, de que nada se podrá hacer ya por salvarla.

Al verse acorralada, la bailarina, como en una súbita inspiración, se levanta del banquillo y dice, con un temblor de cadera en la voz:

—¡Deben ustedes de saber que si alguna vez me metí en asuntos de espionaje fué para decir a Francia cuál era en determinado momento la situación de dos submarinos alemanes!

Pero este intento de defensa es convertido por la Presidencia del Tribunal en un nuevo elemento de acusación.

—Cierto, cierto... Reconocemos que obró usted de ese modo. Pero ello nos da una prueba más que añadir a las que ya llevamos expuestas... Usted ha venido asegurando aquí que nunca habló de cosas militares con oficiales alemanes. ¿Cómo, entonces, conocía la situación de los dos submarinos? No creo que le sea fácil a la acusada contestar a esta pregunta...

En el próximo número: XIII. — «En nombre del pueblo francés»

PARA LOS 60.000 NIÑOS MADRILEÑOS a quienes atiende la Puericultura Municipal

Un donativo de Norteamérica recibido por el doctor Carvajal



Una veintena de muchachas trabajan afanosamente en un escenario de sacos henchidos de azúcar, de filas innúmeras de cajas con botes de leche condensada
(Fot. Videal)

DE todos los grandes problemas que la guerra ha planteado a Madrid, el más trascendental desde un punto de vista humano, y también el que ha sido abordado y resuelto, en lo posible, con mejor fortuna, es el que concierne al cuidado de los niños menores de cinco años que viven en la capital de la República.

Los servicios de Puericultura del Ayuntamiento de Madrid han realizado una labor ingente, por la proporción y las dificultades de las circunstancias, y feliz, por los resultados.

A más de sesenta mil niños facilita diariamente leche y alimentos especiales la Sección de Puericultura Municipal. Este solo dato califica la enorme y delicada tarea que realiza el Consejo madrileño.

El prestigioso doctor don Juan José Carvajal es el delegado de la Sección de Puericultura en la Comisión de Abastos. A él corresponde la gestión de suministros, el ordenamiento de la distribución y el estudio del racionamiento para que éste reuna, en cantidad y calidad, las condiciones nutritivas necesarias a la población infantil madrileña.

Esta labor intensa y fecunda, que las circunstancias de la guerra erizan de dificultades, traspone los ámbitos de nuestra ciudad y encuentra en el mundo ecos de solidaridad y simpatía.

No hace mucho estuvo en Madrid el doctor Reissig, delegado del Comité Norteamericano de Ayuda a la España Democrática. De todo el gigantesco esfuerzo que el pueblo español ha realizado en esta lucha; de cuanto ha tenido que improvisar en fuerza de entusiasmo y sacrificio, lo que más impresionó al doctor Reissig fué la gran preocupación por la infancia—índice el más elocuente de la sensibilidad humana—, que en medio de los azares y dolores de la guerra se ha agudizado en todos los hombres representativos de la España leal.

Madrid es el más alto ejemplo de esa noble preocupación. De cómo ha sabido afrontarla lo prueba el hecho de que en la ciudad en pie de guerra desde hace muchos meses, la estadística de enfermedades y mortalidad infantil acusa cifras notoriamente inferiores a las de épocas normales.

A su regreso a Norteamérica, el doctor Reissig acusó esta impresión e hizo patente la gran obra que realiza la Puericultura Municipal de Madrid. Solidarizándose con ella, el Comité Norteamericano de Ayuda a la

España Democrática ha enviado, a nombre del doctor Carvajal, un donativo de víveres para ser repartidos entre los niños madrileños inscriptos en los Servicios de Puericultura.

El donativo consiste en azúcar molida, huevos en polvo, ciruelas secas, judías y jabón.

El doctor Carvajal ha organizado rápidamente la distribución del donativo, y en uno de los depósitos de Puericultura trabajan activamente equipos de animosas muchachas preparando las raciones de los diversos artículos. Ha habido que dosificarlos escrupulosamente, porque el donativo es más importante por lo que significa como expresión de solidaridad que por su cuantía.

—A pesar de que las cantidades recibidas—nos dice el doctor Carvajal—son suficientes para un racionamiento normal, y de que han sufrido en el camino algunas mermas sensibles, mi propósito es que el donativo alcance, aunque sea en proporciones mínimas, a todos los niños afectos a los servicios de Puericultura. Se están llenando unas ochenta mil bolsitas de azúcar y aproximadamente igual número de ciruelas secas. Las pastillas de jabón habrá que dividir las, para que alcancen a todos, y en cuanto al polvo de huevo, como la cantidad es escasa, hemos resuelto mezclarlo con las harinas que habitualmente facilitamos, aumentando así las vitaminas de las papillas.

Lo más importante del donativo es su significación generosa de cordialidad, de atención para los niños madrileños. El trabajo con que sobrecarga nuestras tareas diarias lo aceptamos gustosos como una expresión íntima de gratitud a los camaradas norteamericanos que han dado un ejemplo digno de servir de estímulo a cuantos demócratas del mundo se preocupan por nuestra guerra.

Recorremos, en rápida visita, los almacenes donde se raciona el donativo y se depositan los víveres que acopia la Puericultura Municipal. Una sensación admirable de orden, de pulcritud, de dinamismo. Bajo la dirección del responsable, camarada Enciso, una veintena de muchachas—toda una teoría de bellezas en flor—trabajan afanosamente en un escenario de sacos henchidos de azúcar, de pilas innúmeras de cajas con botes de leche.

Antes de la guerra, el Paraíso, en los sueños de un niño, sería, seguramente, un gigantesco bazar, desbordante de juguetes.

La dura realidad de la guerra, que a todos afecta, ha cambiado el aspecto del edén infantil. En la imaginación de un chico del Madrid duro y heroico de nuestros días, el Paraíso debe ser algo así como esto: kilómetros de hoja de lata convertidos en botes de leche, bajo una lluvia de polvo de azúcar...

J. F.



SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES



PARA ADELGAZAR SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida folleto a Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona. Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2.

1917-1937

Los jefes del Ejército Rojo LOS SOLDADOS QUE LLEVAN EN SUS MOCHILAS UN BASTON DE MARISCAL

EN el aniversario ruso que el mundo ha recordado ahora, muchas miradas se han tendido hacia aquellos hombres que, obreros primero y después soldados, forjaron el triunfo. Así como las masas proletarias se transformaron en un Ejército, aquellos trabajadores supieron cambiarse en mariscales del nuevo Ejército popular.

Vorochilov

Klin (Clemente) Vorochilov fué uno de aquellos jefes. Acaso el que llevaba en su corazón y en su cerebro, sin saberlo, las más perfectas condiciones de organización y de mando. Vorochilov se había distinguido ya en el partido comunista como un militante audaz, de iniciativas demasiado atrevidas a veces, que la disciplina le obligaba a reprimir, o que, autorizadas ya por el partido, llevaba adelante sin una vacilación, aun contra los más graves riesgos. Pero que alternaba la actuación revolucionaria, en la clandestinidad, con el trabajo de obrero ajustador en los talleres metalúrgicos de Lugansk.

Hasta que el pueblo ruso—caída ya de la frente del emperador la corona imponente—se vió acosado por adversarios abrumadores: el nacionalismo ucraniano, el imperialismo alemán y el Ejército contrarrevolucionario que se rehacía para restaurar las tradiciones políticas y sociales del zarismo. Y entonces fué cuando Vorochilov, improvisándose en caudillo de sus camaradas metalúrgicos, de mineros y campesinos, acudió, junto a Stalin, a la defensa de Tsaritzine, y creó la Caballería Roja, y fraguó las primeras unidades de clara y dura configuración militar de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

«Asombra cómo este obrero de una industria, sin más instrucción escolar que la recibida en dos años de asistencia a una escuela gratuita, ha podido convertirse en un gran maestro de la técnica militar moderna, que comprende perfectamente el mecanismo por el que se incorpora todo el trabajo de un pueblo a las fuerzas de la defensa armada», se ha escrito en Alemania, en la Alemania de larga y poderosa tradición militarista, refiriéndose a Vorochilov.

Budioni

Durante trece años había servido Budioni, hasta llegar al grado de suboficial, en el Ejército del Imperio. Pero Budioni era hijo de campesinos pobres. Y cuando con aquellos campesinos iba la Revolución sustituyendo las instituciones armadas de Rusia, identificadas con el zarismo, por otro

Ejército nutrido de un ideal revolucionario, Budioni fué, todavía con su uniforme de suboficial zarista, a alinearse en el nuevo Ejército Popular.

Y así permaneció en los Mandos de la Caballería bolchevique durante los años sombríos en que Rusia tenía que simultanear la guerra y la Revolución. Hasta conquistar un lugar señalado en la lucha y la victoria sobre el Ejército polaco de Pilsusky y, luego, en los Estados Mayores de la U. R. S. S. Pero Budioni sabía que no sabía aún lo suficiente. Que para la conservación de la Revolución triunfante la U. R. S. S. exigía una constante superación de su capacidad militar. Y ya quincuagenario, y ya mariscal del nuevo Ejército de la Rusia nueva, fué voluntariamente a una Academia en busca de unos conocimientos técnicos que no se podían improvisar, que no podía extraer de sí mismo a tirones de su voluntad vigorosa, insatisfecho con seguir ostentando las condecoraciones conquistadas si no habría de poder continuar mereciendo otras que en la defensa de Rusia pudiera llegar la ocasión de conquistar.

Blücher

Comunista desde 1916, en vísperas ya de la Revolución, Blücher, metalúrgico, como Vorochilov, llegaba al Octubre Rojo señalado por su decisión como organizador de huelgas, por su actuación de agitador de muchedumbres y de comba-

tiente en las calles contra las fuerzas represivas del Imperio.

Vasili Blücher iba a revelarse como un auténtico jefe militar, el primero distinguido en el Ejército de la Revolución bolchevique con la Orden de la Bandera Roja, por sus combates contra Dutov, Wrangel y Koltchak. Luego sería en las fronteras de Oriente el organizador de las tropas chinas, a solicitud de Sun-Kai-Sen, frente a la superioridad militar del Japón, y el jefe supremo del Ejército especial del Extremo Oriente con que Rusia pone un muro de hierro a cualquier amenaza.

JOSE DE LA RIVA



Vorochilov, comisario de Guerra en la U. R. S. S.

La instrucción militar de las muchachas de Rusia →

Vorochilov ha sido uno de los forjadores del potente Ejército soviético. He aquí las máquinas de guerra de ese Ejército en un desfile militar en Moscú ↓



Un acto de homenaje a la U. R. S. S.

En el acto celebrado por los obreros del Metro en homenaje a la U. R. S. S. hablaron Julia Valverde, por la U. G. T., y Juan Ferez, por la C. N. T. He aquí a los dos oradores, momentos después de su afortunada intervención (Fot. Video)

ASCASO

**Reinar
después
de morir**

PROGRESO

Todos los días

ROSA DE MADRID

ZARZUELA

**Teatro de Arte
y Propaganda**

**La tragedia optimista
y
El bulo**

PALACIO DE LA MUSICA

Extraordinario éxito de la
formidable superproducción

DESEO

Genial creación de *Marlène Dietrich*

IDEAL

PROGRAMA
DOBLE

LOS CLAVELES

y

EL ASOMBRO DE DAMASCO

PARDIÑAS

Para llorar y reír
con obra que te divierta
ve al Pardiñas a oír

El Ruiseñor de la Huerta

RIALTO

GRANDIOSO EXITO
de la extraordinaria película
española

**Una morena
y una rubia**

CAPITOL

2ª semana del formidable film

**Prisionero
del odio**

CREACION DE
Warner Baxter

MADRID-PARIS

2ª semana de la deliciosa película, creación de
Jessie Matthews

Es el amor

AVENIDA 3ª semana
del gran film

El rey de los condenados

Una maravillosa película de luchas
trágicas que jamás se olvidará

con
Conrad Veidt

ESPAÑOL

Ultimas representaciones
de

Don Juan Tenorio

por

Carmen Muñoz Gar

y

Manolo González

Espectáculos

PRENSA ★

Un film de amor y de guerra

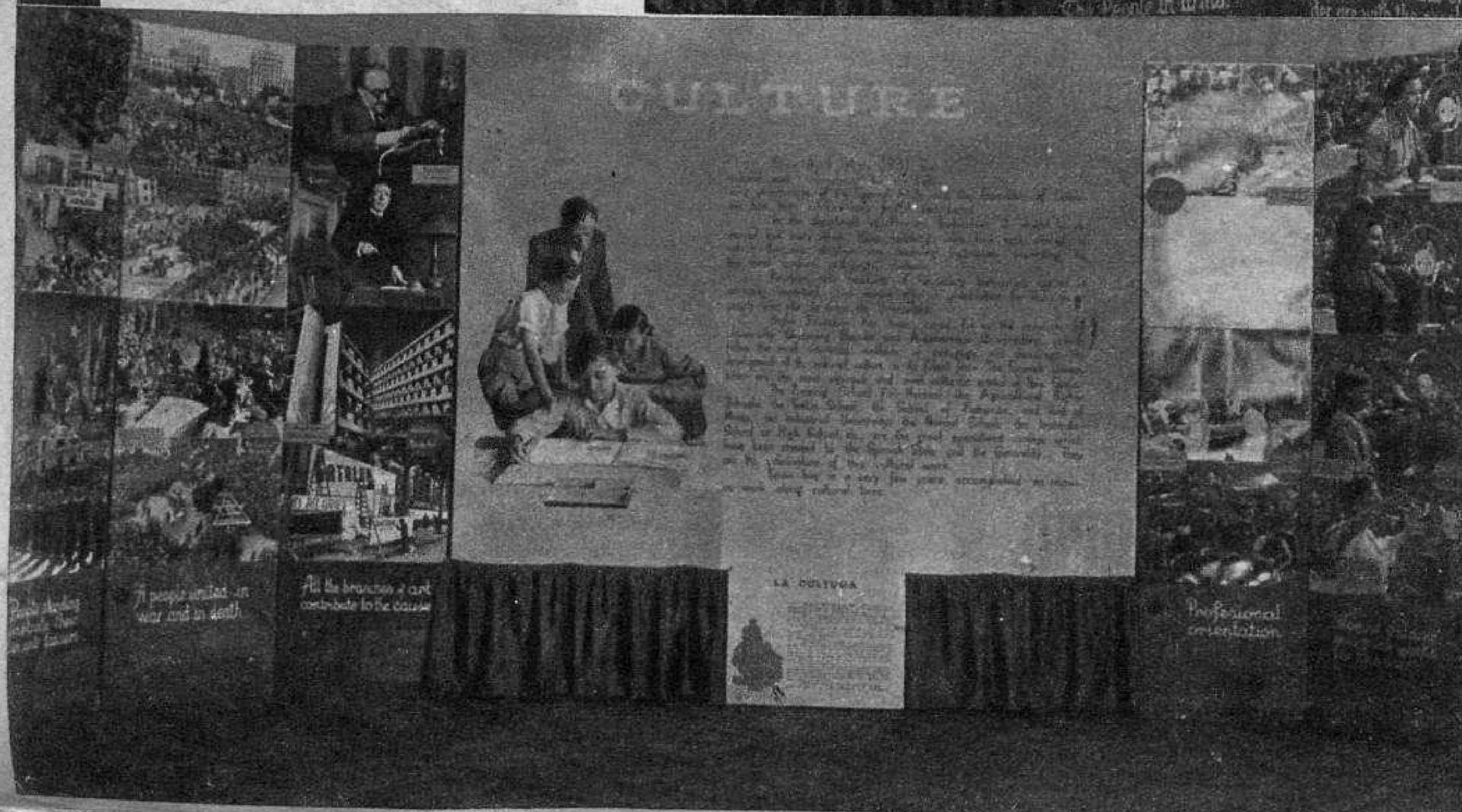
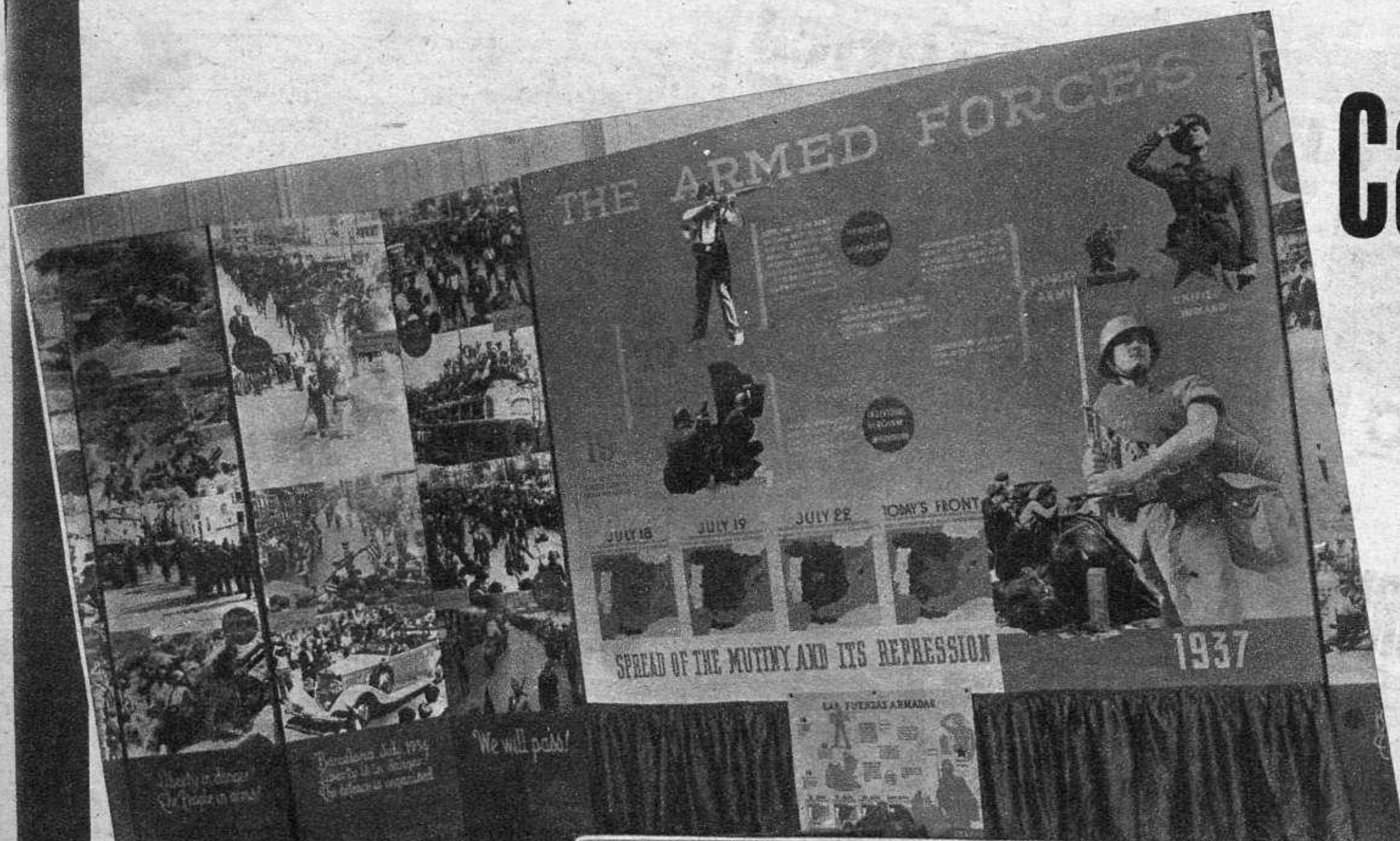
**El ángel de
las tinieblas**

Fredric Marh

Merle Oberon

Cataluña en Madrid

«Diez y seis meses de guerra»



En la Exposición «Diez y seis meses de guerra», que se celebra en Madrid, organizada por el Comisariado de Propaganda de la Generalidad, se ofrece al público una visión panorámica de la lucha y del esfuerzo de todo este tiempo. He aquí algunos de los documentales —guerra, formación del Ejército, fomento de las instituciones de cultura— expuestos ahora al público madrileño

(Fots. Video)

(Véase en el interior del número una información sobre esto)